

AMOR Y MATRIMONIO

La Iglesia ha empezado a ponerse seriamente al día cuando un Papa pensó que debía auscultar los signos de nuestro tiempo. Este Papa, que fue Juan XXIII, reconoció, entre estas señales de la época actual, la promoción de la mujer en el plano económico, social, cívico y cultural.

Hace unos años, un agudo psicólogo, Alfredo Adler, discípulo disidente de Freud, estudió muy profundamente el complejo de inferioridad de la mujer en la sociedad humana; y preveía que estábamos en vías de superación de este sentimiento de inferioridad, a lo cual todos debíamos colaborar, si fuésemos respetuosos de la dignidad humana, que no sólo es la del hombre, sino también de la mujer.

Juan XXIII ha supuesto la liberación de una frase malentendida de San Pablo, en que se ha querido ver a la mujer en situación de inferioridad con el hombre, dentro del matrimonio. Se achacaba equivocadamente al cristianismo algo que era solamente producto de la sociedad en que vivió San Pablo. Dos teólogos católicos, E. Walter y R. Schnackenburg, han puesto en evidencia que «desde el punto de vista religioso, lo decisivo no es la imagen que San Pablo podía tener de las peculiaridades naturales de los sexos, sino sólo su idéntica valoración ante Dios».

El Papa puso a la mujer al mismo nivel de dignidad que el hombre, y por eso indirectamente aclaró el malentendido producido en algunos autores católicos por ciertas frases de San Pablo.

En todo lo que se hablase del matrimonio, los cristianos tendríamos que partir de la realidad de esta dignidad personal del hombre y de la mujer, sin establecer situaciones de valor secundario para esta última, en el matrimonio ni en la familia.

amor o fecundidad

Todavía se mantiene por algunos autores católicos una concepción medievalista, y casi pagana, de los fines del matrimonio. Con motivo de las intervenciones conciliares de esta cuarta sesión, se ha puesto en evidencia la influencia de algunos de estos teólogos en el pensamiento de algunos Padres conciliares, acerca de la finalidad matrimonial.

Cuando hace mes y medio hablaba yo a universitarios católicos extranjeros sobre este mismo problema, les parecía una exageración por mi parte el planteamiento de los fines de este sacramento del amor conyugal, tal y como yo les decía que los exponían algunos notables teólogos. Pero no tengo nada más que transcribir la frase textual de uno de ellos, para que se vea que este planteamiento no es nada irreal. Dice un famoso teólogo que en «el matrimonio cristiano... el fin principal (es el) de la fecundidad, ordenada a multiplicar los ciudadanos del reino de Dios; al cual se agrega el fin secundario de ayudarse y confortarse mutuamente, y el accesorio de mitigar el estímulo de la concupiscencia».

Expuestos así estos fines, nos encontramos con que el fin principal de la unión entre hombre y mujer no es, según ellos, el amor, sino la procreación; con lo cual, forzando las cosas, llegaríamos a proponer la fabricación cuantitativa, de carácter biológico, como la primordial finalidad del matrimonio. Como dice el teólogo ortodoxo Evdokimov, y ha repetido recientemente un teólogo occidental —René Laurentin—, estamos en plena «natalidad sin reflexión; en lo que podríamos llamar lapinismo». Yo he sido consciente de que, durante muchos años, ha habido eclesiásticos en abundancia que insistían, con sus fieles católicos, en que la fecundidad era el fin auténticamente cristiano que debían perseguir en el matrimonio; y que los problemas de natalidad múltiple solamente podían ser dejados a la Providencia divina. No pensaban que, siguiendo este criterio, en el año 2000 —como he repetido en otras ocasiones— la población mundial se habría duplicado, y de tres mil millones de habitantes, se pasaría a seis mil millones en un período de solamente cuarenta años. Por ese camino, en el año 2400 necesitaríamos llenar la tierra de tal forma que habría un hombre por cada metro cuadrado de superficie; y años después llegarían a empujarse los unos a los otros.

Es la primera vez, en la Humanidad, que se produce este fenómeno, debido entre otras causas a la higiene y a la menor mortalidad infantil. Hace años morían la mayor parte de los lactantes, y hoy solamente el cuatro por ciento. Además, la fecundidad de la mujer no llegaba hasta los cincuenta y un años a que hoy llega como promedio.

Los métodos, puramente económicos, para resolver el problema de la natalidad, son demasiado ingenuos como se ve, pues olvidan el problema real de la Humanidad, en sus auténticas dimensiones.

El mundo de hoy, saltando por encima de todas las barreras morales, recordadas por la Iglesia, empezó por propagar el control de natalidad con medios anti-concepcionales que la Iglesia nunca aceptó, pero que cada vez se difundieron más. Posteriormente, la gravedad aumentó, ya que en muchos países se ha incrementado de modo alarmante el aborto, y hoy nos encontramos con la triste realidad, señalada con franqueza por monseñor Majdanski en el Concilio, cuando dijo: «Hay mayor número de abortos que de nacimientos, lo cual es signo de la decadencia natural y sobrenatural».

la píldora "católica"

Hace un año recordé, desde esta misma revista, que un católico, el doctor Rock, había divulgado en Norteamérica las píldoras de progesteronas, que podían regular la natalidad sin el recurso a los medios artificiales que hasta entonces se habían utilizado contra el sentir de la Iglesia. Posteriormente, muchos católicos y bastantes teólogos han aceptado este nuevo medicamento hormonal, para regular los ciclos genésicos de la mujer, y poder obtener así una maternidad consciente.

Dos obispos, el inglés monseñor Roberts y el patriarca oriental Maximos IV, se hicieron eco de ello, durante el Concilio, ante el asombro de otros Padres conciliares más conservadores.

Hoy se sabe que existe una comisión pontificia que está estudiando, desde hace meses, este problema del control de natalidad, comisión que está compuesta de seculares y eclesiásticos, todos ellos católicos, para asesorar al Papa sobre esta cuestión.

¿Qué orientaciones dará el Sumo Pontífice? No lo sabemos; pero, indudablemente, está haciendo un esfuerzo por comprender a fondo todos los aspectos —psicológicos, biológicos y morales— de este acuciente problema, impresionado, sin duda, por la petición que le hicieron múltiples católicos de todo el mundo, y muy significados, en octubre de 1964. Pedían que se estudiase serena y seriamente la cuestión, superando el planteamiento demasiado materialista e ingenuo que se había hecho hasta el presente, pero aceptando de antemano la decisión pontificia.

Los dos puntos básicos que se plantearon estos seculares católicos es el de la verdadera finalidad cristiana del matrimonio y el de la maternidad consciente.

amor y sexualidad

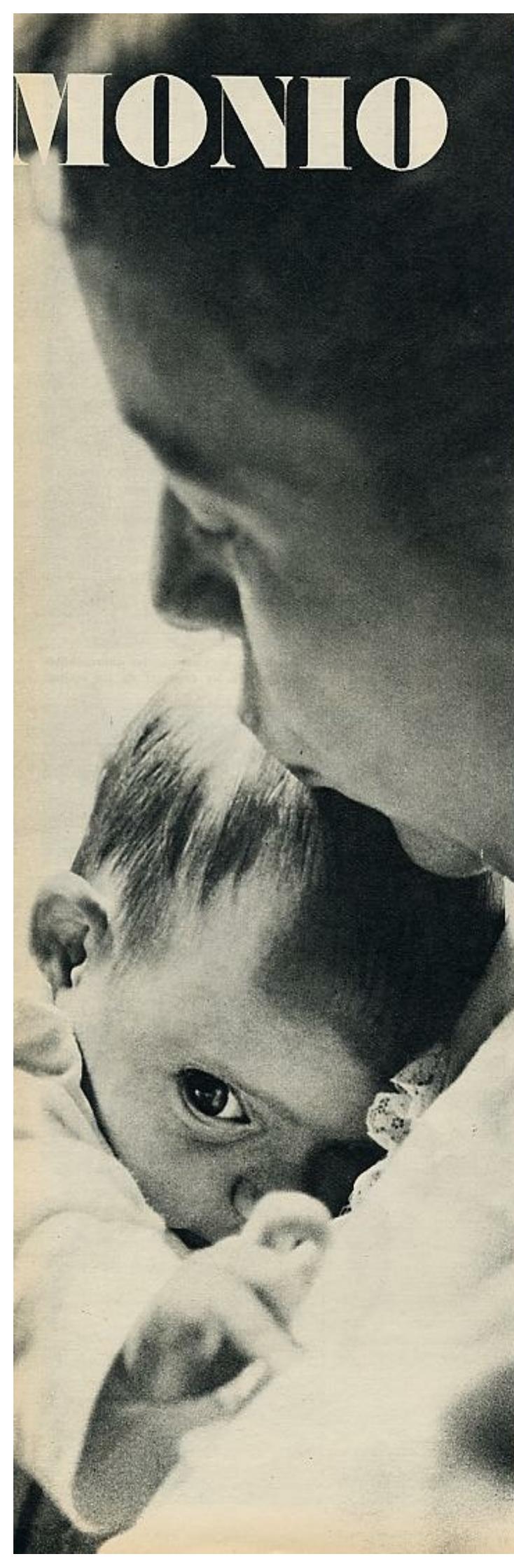
Seamos sinceros: el planteamiento que se hace del matrimonio en los países culturalmente subdesarrollados —análogo al de otras épocas— es el que confesaba un Padre conciliar hace unos días: «En nuestros países no se casa uno por amor; se casa uno primero, y después se ama».

Estamos ante una situación cultural correspondiente a una civilización de hace siglos y no a la actual.

En cambio, monseñor Léger, y con él otros varios Padres conciliares, han subrayado que el matrimonio es una comunidad de vida y amor. El cardenal canadiense dijo: «Se dice (en el esquema conciliar) que es una institución ordenada a la procreación y educación de la prole. Y en mi opinión, esta fórmula es incompleta y ambigua, porque define al matrimonio en función de la especie humana, cuando lo que es preciso recordar es la significación que tiene para las personas. De ahí que la fórmula anterior no sea correcta y deba ser modificada. Y es incompleta porque el matrimonio es también, y principalmente, una comunidad de amor y de vida».

Los otros dos fines secundarios que se han puesto frecuentemente al matrimonio cristiano, decía yo más arriba que eran la ayuda mutua y la mitigación del estímulo sexual. Pero tal como han sido explicados estos fines por algunos autores católicos, olvidaban el aspecto personal de la relación hombre y mujer. La ayuda no debe de ser un mero confortarse ante las adversidades exteriores, sino un amor efectivo que promueva y respete a la persona del otro cónyuge. La expresión que muchas veces he leído de «apagar el fuego de la concupiscencia», me hace pensar que se trata de una reminiscencia del puesto predominante del hombre en las culturas de otros tiempos; y por eso, estos moralistas se acordaban, a la hora de hablar del matrimonio, de la urgencia sexual de orden biológico del hombre. Y se olvidaban, en cambio, de hablar, en sus libros de moral, del comportamiento sexual de la mujer, tan distinto del que

MONIO



por
**ENRIQUE
MIRET MAGDALENA**

es propio del varón. Hoy la psicología ha descubierto que la sexualidad no es una cosa puramente material, sino directamente relacionada con la emotividad; y en la mujer principalmente hay que atender a estos aspectos emotivos del proceso sexual, si no se quiere frustrarla psicológicamente y hacerla víctima resignada de las urgencias físicas del hombre, haciéndola caer muchas veces en el fenómeno de la frigidez.

el método ogino

Por otro lado, el método de la continencia periódica, inventado por el doctor Ogino, no resuelve nada prácticamente, y es altamente irrespetuoso de unas relaciones francas y sinceras, que un cálculo excesivamente cicatero podría estropear. En la revista «Concilium» se asegura que «la mayoría de los matrimonios que escriben en *The Experience of Marriage*, afirman haberlo ensayado seriamente sin resultados efectivos». Por eso, el padre Félix Cardagna piensa que «el empleo de la píldora (del doctor Rock) será permitido por la Iglesia, al menos como una opinión probable entre teólogos, y admisible en la práctica». Lo que se discute es si solamente será lícito utilizarla para regular los ciclos genésicos, y obtener así una seguridad en la regulación razonable y consciente de la natalidad, o podrá ser más ampliamente utilizada, en los casos que razonablemente no se deba tener hijos, o no se pueda tenerlos.

La comisión pontificia que estudia el problema de la natalidad está dividida entre dos opiniones extremas, la de quienes creen que no puede regularse nada más que con la abstinencia sexual, y la de quienes piensan que cualquier medio respetuoso del amor mutuo que se deben los cónyuges es lícito. Dejando, estos últimos, a la conciencia la decisión sobre la legitimidad de un procedimiento concreto, en las circunstancias personales de cada matrimonio.

El Papa decidirá; pero parece lo más probable que, al menos, se permita la utilización de las píldoras del doctor Rock —u otras análogas— para regular los ciclos genésicos, bajo consejo médico. No obstante, todos los católicos esperamos con impaciencia la decisión de la Iglesia para poder orientarnos.

hacia el futuro

Las opiniones, entre los teólogos, sobre los medios de suyo anticonceptivos son grandes; y se encuentran principalmente en el plano teórico, ya que hoy está clara la legislación de la Iglesia contra estos medios artificiales. Hay algunos, como el canónigo Drinkwater, bien conocido en Inglaterra, que «llega a la conclusión de que los medios anticonceptivos no han sido condenados infaliblemente» (Enda Mac Donagh: «Teología moral del matrimonio»).

La discusión se encuentra centrada en nuestra manera de interpretar lo que exige la ley natural. La mayoría piensa y acepta una concepción mecanicista de la misma, que impediría el uso de cualquier medio artificial para impedir la natalidad. Otros, en cambio, piensan que la naturaleza humana no es algo puramente físico ni mecánico, y, por tanto, que lo que va contra ella es sólo lo que rompe el amor y el cariño mutuo, pero no los actos individuales que respeten el sentido de amor personal. Algunos seglares católicos se plantean en Norteamérica —y en otros países— esta cuestión que dirigen a los eclesiásticos: «¿Cómo pueden ustedes afirmar que el control de natalidad es pecado? ¿Por qué va contra la Naturaleza, cuando hay muchas otras cosas en nuestra naturaleza contra las cuales arremetemos sin ocurrirnosos siquiera que sean pecado? Por ejemplo, nos cortamos el pelo, el cual siguiendo el curso de la Naturaleza tiende a crecer mucho. Asimismo, nos cortamos y arreglamos las uñas, nos extraemos las amígdalas, eliminamos el apéndice, etc...; si nada de esto es malo, a pesar de ser contra naturaleza, ¿por qué va a ser malo el control de natalidad?».

Este ingenuo y sincero seglar norteamericano se revuelve contra una concepción puramente física y mecánica de la naturaleza del hombre. ¿Tendrá razón o el Papa decidirá otra cosa?

«La cuestión es demasiado seria para que la Iglesia haya podido resolver este conflicto real de una manera apresurada y quizá prematura... La Iglesia no puede ni debe atar o desatar las conciencias de sus fieles, nada más que cuando llegue a una certeza real de lo que es el contenido auténtico de la ley divina» (cardenal Alfrink).